

CRONICA DE TEATRO.—

NUEVO TRIUNFO DE UN JOVEN AUTOR CHILENO

Al retirarnos del Teatro Imperio, después de haber asistido al estreno de la nueva comedia de Sergio Vodanovic, pensábamos en los comentarios entusiastas con que los snobs habrían recibido esta obra, si ella hubiese llevado la firma de André Roussin o de Jean de Tétraz. Pero la circunstancia de que sea chileno el autor de "Mi mujer necesita marido", mitigó los elogios de unos, e hizo que otros se empeñaran en buscar, ruidosamente en el foyer, el quinto pie del gato.

Sin embargo, el verdadero público había reído a mandíbula batiente, y no ha cesado de regocijarse y de aplaudir, con espontáneo arrebató, la caudalosa vena cómica que palpita a través de los cuatro actos de esta deliciosa comedia, que parece escrita por un experimentado autor de vaudevilles.

El vaudeville es uno de los géneros teatrales más difíciles. Una comedia de escasa substancia artística, puede llegar a entretener siempre que el diálogo tenga una mínima dosis de fluidez y galanura. Un vaudeville, construido sobre situaciones manidas, y cuyos personajes se expresen en un lenguaje corto de ingenio, resulta intolerable. Y quizás por esto sea, dentro del arte dramático, la rama que exige mayor mecánica y perfecta sutileza en la disposición de los múltiples engranajes del arte de la composición.

Sergio Vodanovic, que hace pocos meses recibió el espaldarazo de la crítica con su honda y cavilosa comedia "El senador no es honorable", dando ahora un brinco, que pone de manifiesto su audacia juvenil, nos entrega una obra festiva, pletórica de ingenio, de espumante picardía, y construida con una habilidad notable.

El autor de "Mi mujer necesita marido", pertenece a esta

nueva generación de escritores que comprende y practica la necesidad de leer a los maestros del teatro universal, costumbre que fue tan rara en nuestros autores de viejo cuño. De otra manera, no se explicaría esta soltura de Vodanovic como constructor de piezas teatrales, porque en esta comedia suya, que Alejandro Flores y Rafael Frontaura han tenido el acierto de llevar a escena, se hace presente, a cada momento, un virtuosismo ligado estrechamente al procedimiento de Georges Feydeau, que fue el maestro indiscutible del vaudeville.

A través de una historia, tal vez sofisticada, pero muy a la moda —puesto que dilucida los efectos de un complejo— consigue torrentes de carcajadas en virtud de su inagotable chispa cómica, de su habilidad para referirse a todo aquello que es "tabú" a las buenas costumbres, sin caer jamás en frases groseras, poniendo de manifiesto una portentosa destreza para sugerir, sin nombrar, las cosas que entran en el terreno de la picardía de subido color.

Más de alguien ha puesto reparos al tono desenfadado y burlesco de esta comedia. Sin embargo, creemos que lo burlesco es una forma de las manifestaciones del espíritu que merece un cultivo similar al de las serias meditaciones, al de los escrúpulos, y al de la buena voluntad. Nada menos que Jean "Louis" Barrault, uno de los más grandes conocedores del teatro en la hora presente, dice en uno de sus libros que el giro burlesco, en escena, es una gran fuerza que puede ayudarnos a vivir, puesto que el hecho de permanecer lúcidos frente a lo absurdo, restablece nuestro equilibrio, y nos ayuda a clasificar de nuevo los valores morales.

Creemos que sería injusto reseñar este inobjetable triunfo del teatro chileno, sin reconocer que todos los integrantes de la Compañía del Teatro Imperio han contribuido, con notorio empeño, a dar a la obra su preciso clima festivo, saliendo airoso de su difícil labor. Alejandro Flores, en un papel como hecho a la medida de sus generosas facultades cómicas, hace reír al público incesante-

mente, aderezando el personaje a su cargo con gracia personal. Rafael Frontaura, interpretando un médico que encarna con aguda observación humorística, obtiene también un señalado éxito. Manolita Fernández, en la protagonista, da una vez más pruebas de su valiosa ductibilidad artística, al adentrarse con admirable soltura y donaire en un personaje enteramente distinto a los que ha animado en

los últimos tiempos. Muy des-
envuelto y eficaz para lograr
la nota jocosa, Fernando Mo-
rales, en el papel del mexicano,
hablado con la genuina foné-
tica que le permite su propia
nacionalidad azteca. Humberto
Onetto, en el galán joven de la
comedia, realiza una labor ágil
y certera, que revela su cons-
tante perfeccionamiento como
intérprete.

RENATO VALENZUELA.